

112 j

SUCESOS DE MALAGA.

COMEDIA EN DOS ACTOS.

LOS FRANCESES HUYENDO : BA-
talla de Alora , y gloriosa entrada
de los Españoles.

P O R

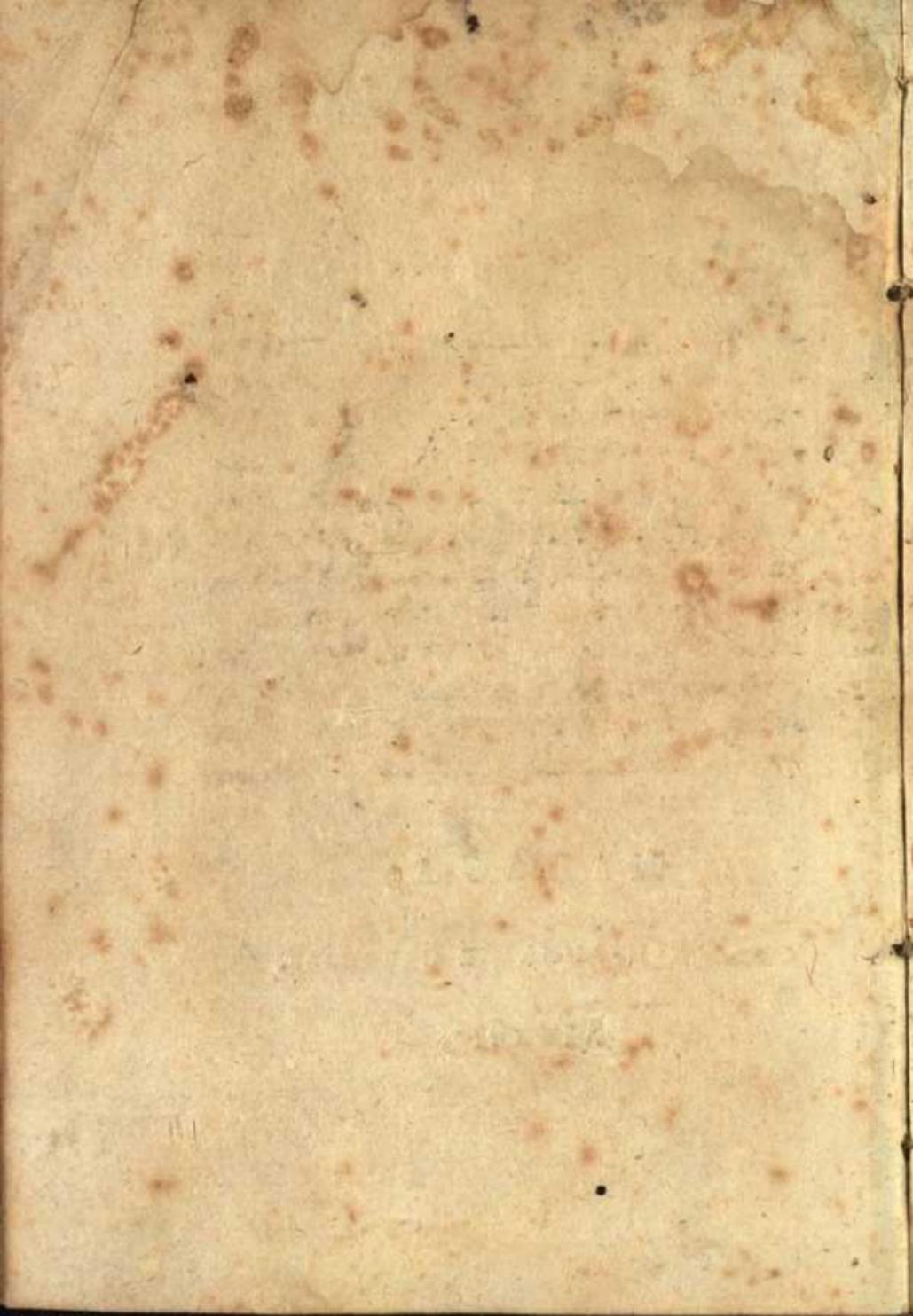
D. J. O. T.

M A L A G A :

EN LA OFICINA DE CARRERAS.

Año 1813.

R. 55.637



Este corto obsequio que tributa á Vd. mi fina y verdadera amistad, no es dimanado de un corazón corrompido al interés, ni por falsa adulación. Yo buscaba un verdadero Patriota y perfecto Español; y como en Vd. residen estas bellas y honrosas calidades, desde luego me decidí á dedicarle la presente obrita; no como un rasgo de elocuencia y travesura, sí como una ligera distracción en sus continuas ocupaciones: y así como indignado y lleno de furor patriótico, desprecié todos los temores, y me puse á escribir esta sátira en medio de nuestros enemigos, para conservar eternamente en la memoria de los verdaderos Conciudadanos, la perfidia de aquellos viles, y mucho mas de los indignos Españoles afrancesa-

dos ó Caballos negros , como el vulgo los llama , y en particular del servil y falso redactor de la Gazeta , que en aquella época salia , del R. P. Carrera. ¿ A quién mejor podia ofrecerla que al azote , digámoslo así , de esas almas miserables , y que tanto odio les profesa?.... Yo he sido testigo de sus indirectas punzantes hácia los Negros , ó los que tenemos por tales , y que su confusion y vergüenza no les ha permitido contestar á ellas , como sucede á todo malévol.

Y puesto que sus públicas demostraciones de lealtad y patriotismo ha dado márgen á que yo le moleste , no hay mas que tener paciencia , y disimular la libertad de

S. S. S. Q. S. M. B.

J. O. Y.

PERSONAS.

<i>General</i>	M.
<i>Bellangé</i>	Comandante.
<i>Obregon</i>	General.
<i>Oficial</i>	
<i>Villareal</i> } . . .	Capitanes.
<i>Mingana</i> }	
<i>Babastro</i> } . . .	Corsarios.
<i>Casaca</i> }	
<i>Don Anselmo</i> }	
<i>Don Silverio</i> }	Españoles.
<i>Doña Antonia</i> }	
<i>Oficial</i>	
<i>Doña Constanza.</i>	
<i>Doña Ana.</i>	
<i>Paulina</i>	Criada.
<i>Lacayo.</i>	
<i>Comparsa de tropa Española.</i>	
<i>Idem de tropa Francesa.</i>	
<i>Idem de marineros Genoveses.</i>	

1787

1788

1789

1790

1791

1792

1793

1794

1795

1796

1797

1798

1799

1800

1801

1802

ACTO PRIMERO.

Salon corto , adornado con sillas y mesa en medio: Don Anselmo figura que lee la Gazeta de Málaga , y Doña Antonia bordando.

Doña Antonia.

Padre mio , ¿ qué estais leyendo que tanto os incomoda ?

Anselmo.

Un maldito papel que le dictó el Demonio , y lo escribe un amigo suyo , para tormento de todos los hombres de bien de esta desgraciada Ciudad.

Antonia.

Vmd. se chancea ; ¡ amigo del Demonio ! ¿ cómo puede ser ?

Anselmo.

No , no me chanceo : todos los partidarios franceses son amigos del Demonio , y peores que dragones , serpientes , basiliscos , y furias infernales ; en fin , es un enjambre de espíritus malignos , que Dios , por sus altos

juicios , ha dexado en el mundo para castigo de los vivientes.

Antonia.

¡Y qué castigo! No me atrevo á salir de casa por no ver tanta miseria.

Anselmo.

Para eso la nueva nobleza Napoleónica compuesta de Sastres , Peluqueros , Bodegoneros , Amoladores , Carboneros , &c. todos los dias tienen convitonas , borracheras , fuegos , bayles y comedia.

Antonia.

Y ¡qué martirio pasamos todas las Señoras , quando nos precisan á concurrir á sus diversiones !

Anselmo.

Con no ir , está todo remediado,

Antonia.

Extraño que digais eso , quando sabeis muy bien que la que no vá , es censurada y reconvenida ásperamente por el Gobernador.

Anselmo.

Ello es cierto , que todo lo hacen hacer á la fuerza : el dia de San José se empeñaron que hubiese una gran Co-

media para obsequiar el supuesto Rey de Copas , con todo el aparato é iluminacion,

Antonia.

Para aumentar sus papelotes públicos.

Anselmo.

Me contaron que el pobre director del Teatro , á las nueve de la noche , (es de advertir que se citaba en los carteles para las siete) como digo , á las nueve de la noche , con un aguacero terrible , y una obscuridad grandísima , fue quando estaban en gran convite , los satélites de Pluton , á dar parte al Señor Gobernador , de que á aquella hora no habia mas que tres ó quatro personas en el Teatro , y los Cómicos no tenian los fondos necesarios para suplir unos gastos tan crecidos ; pero dicen que respondió medio entre dientes y tartamudeando

Antonia.

¿Eso lo harian los brindis ?

Anselmo.

Pues : „Aunque haya una sola persona , que se haga la Comedí.“

Antonia.

Ya ; pero lo pagarían todo al otro día ?

Anselmo.

Sí , sí , pagar ; ¡ cómo son tan generosos ! robar quanto se pueda , mas pagar Pero acabemos de ver los embustes de ese miserable asalariado Redactor (*vuelve à tomar la Gazeta.*)

Antonia.

Todavía no he podido saber que papel es ese.

Anselmo.

El compendio de la falsedad , el engaño y el fraude : el asombro de los malos españoles , y la befa y desprecio de los verdaderos españoles. Es la Gazeta de Málaga , escrita por un miserable , que por las órdenes que en él respeto , no digo que es un

Antonia.

Verdaderamente no sé para que se quiere Vm. subscribir y leer un papelote , solo escrito para entorpecer y alucinar.

Anselmo.

Me suscribo á la fuerza , y lo leo alguna vez para conocer hasta donde llega la ceguedad del corazon del hombre obcecado en la maldad.

Antonia.

Y ¿ qué dice ese buen Señor ? vendrá haciendo ver lo negro blanco , y prometiéndonos mil felicidades.

Anselmo.

El mentecato se atreve á malquistar nuestros soldados españoles y exércitos, y poner su lengua mordaz en los mas valientes y expertos Generales defensores de la justa causa.

Antonia.

Y ¿ qué dice ese maldiciente, de Generales tan benéficos y magnánimos ?

Anselmo.

Oye , hija mia , y te aturdirás.

Lee ... „Malagueños : las tropas insurreccionales que con su General á la frente visteis con vuestros propios ojos en las inmediaciones de esta hermosa Ciudad. ” . . .

Representa.

Esto lo dice por el primer Domingo de Quaresma , que se aproximaron los nuestros hasta la boca del Rio , despues de haberle bien zurrado las espaldas en Cártama , el dia ya te acordarás que llegaron aquí con el pavor de muerte , todos dispersados , muchos heridos en borricos , algunos muertos , y hasta el Gobernador traia un balazo no muy á su sabor.

Antonia.

En medio del horror que me causaba tantos infelices acinados en los carros , y quasi moribundos , nunca he tenido dia mas gustoso.

Anselmo.

Váyanse las duras por las maduras.

Antonia.

¿ Eso fue de resultas de la accion de Cártama ?

Anselmo.

Cabalmente : y prosigue diciendo.

Lee . . . „De esta hermosa Ciudad , „solo tratan de verla desolada , desierta , y convertidos en espantosos escom-

„bros sus mas suntuosos edificios
 „Si hubiérais creído los seductores anun-
 „cios con que procuraron anticipada-
 „mente lisongearos , ofreciendoos con
 „noticias falsas , é insinuaciones pérfi-
 „das las mas gloriosas victorias , hubié-
 „rais llorado desconsoladamente vuestra
 „ignominia y vuestra total ruina.”

Representa.

Lo que tendremos que llorar eterna-
 mente será , que por causa de almas
 tan viles y corrompidas como la tuya ,
 no logren los verdaderos Españoles una
 total victoria , destruyendo tanto mal-
 vado.

Antonia.

Siempre ha de haber en España hom-
 bres que son oprobrio de la Nacion.
 No miran esos desgraciados que el bra-
 zo poderoso de Dios , aunque irri-
 tado contra nosotros , está próximo á
 descargar el golpe contra un tirano odio-
 so , y tanto pícaro como le rodea.

Anselmo.

Déxalos , Déxalos : ellos se desen-
 gañarán á su pesar , y verán que lo

que llamaban cobardía al principio en los Españoles , era falta de experiencia , y de caudillos intrépidos , valerosos y leales. Con el favor del Todopoderoso , el valor de nuestras tropas , y pericia de sus dignos Gefes , pronto saldremos de un cautiverio tan odioso.

Antonia.

Muchos de los que defendian el partido frances , en el dia , ya es otra su opinion , y van , digámoslo así , trocando las bridas al caballo , como caminante que erró la direccion ó la vereda.

Anselmo.

El miedo , la barbarie , y la experiencia , son las tres causas primarias de tal mudanza : unos el temor de que los Españoles castiguen su rebelion y mala fe , los hace volver á defender la justa causa ; otros guiados del oropel engañoso (que ellos saben muy bien aparentar) con poca religion , y ningunos principios , han corrido tras el sistema frances , y disfrutado con ellos sus diversiones y placeres ; pero ahora

que van viendo como se cambia la escena, su poco ó ningun carácter los hace cambiar de opinion; y los mas, la cruel experiencia que han sufrido de saqueos, contribuciones, robos, alojamientos, ventanages, empréstitos, apremios, patentes, adelantos, derechos, carestias, miserias, humillaciones, y tanto como inventan y maquinan todos los dias, y todas las horas, con el fin recto y absoluto de robar, sí señor, de robar (con fuerza.)

Sale Silverio.

¿ A que acierto de quien hablais ?

Anselmo.

¿ De quién ?

Silverio.

De nuestros caros hermanos los Franceses. ¿ Quién ha establecido la ley de robar sino ellos ? El gran código de Napoleon está definido con decir: *el robar es ley*. Dexo aparte el ateismo, la heregía, la inconstancia, la disolucion y falsedad, que son los artículos anexos al dicho código; pero el principal y observado con todo rigor,

es el robar , si señor , robar por ley establecida.

Antonia.

Pues ¿ qué me dirán Vdes. del miserable redactor de la Gazeta? Bastaban las sagradas órdenes que tiene para infundirle sentimientos de honor y cristiandad.

Anselmo.

Hija mia , el Español que sale de mala índole , es peor que quantos Franceses hay en todo el infierno.

Silverio.

Tomad , por exemplo , al Capitan Villareal , Mingana , y una caterva de oficialitos tan viles como ellos.

Anselmo.

De los primeros no hay nada que extrañar , porque mucho tiempo ha debian estar ahorcados ; pero de otros que han tenido buenos principios , es tan duro

Antonia.

Los pícaros no pueden estar solos , y á eso diremos que cada uno busca sus semejantes.

Silverio.

Dexemos , si gustais , esa conversacion , pues me incomoda hasta oír hablar de semejantes bribones. ¿ Qué sabeis de noticias ?

Anselmo.

¿ No habeis leído la Gazeta ?

Silverio.

Dexadme de Gazeta , ó diablo : ¿ qué tiene la Gazeta ?

Anselmo.

Amigo , mucho y bueno : tomad , leed este parrafito. (*se la da.*)

Silverio.

Siempre será un diluvio de embustes inventados para alucinar al pueblo. Leo , pues vos lo quereis . . .

Lee . . . „Hasta quando , ciegos , sordos , y endurecidos vuestros corazones , no habeis de dar lugar á ver y oír „las voces de la razon , de la verdad ” . . .

Representa.

Este pícaro está borracho : al embrollo , falacia , y desvergüenza les cambia los nombres ; sigamos :

Lee . . . „Y de vuestra propia con-

„ciencia para buscar la tranquilidad y
 „la paz , que solo la hallareis baxo la
 „proteccion y patrocinio de nuestro Ca-
 „tólico Monarca Don José Napoleon
 (tira la Gazeta.)

Representa.

Maldito sea él , tú , sus secuaces ,
 yo , y todos los que leemos sus em-
 bustes ; ¿ por qué no pone en extracto ,
 falaz , la toma de Badajoz , donde se
 dice que fue pasada á cuchillo casi to-
 da la guarnicion ? ¿ por qué asi mismo
 no nos cuenta la batalla de Albuhera ;
 que los franceses llenos de terror pá-
 nico se encerraron en la Cartuja de Se-
 villa , no mas que por haber resonado
 en sus cercanias el glorioso nombre del
 General español que los acaudillaba , el
 valor que tuvieron sus tropas y va-
 lientes oficiales en entrarse por los ar-
 rabales , desafiarlos , llamarlos á medir
 sus fuerzas en campo abierto ? pero ni
 por esas : ellos en la madriguera en-
 cerrados. ¿ Por qué no dice algo de la
 entrada en Osuna por los Españoles ?
 Amigo Don Anselmo , nuestras tropas

ya no huyen : los Españoles van volviendo á aquel antiguo esplendor que cuentan las historias , y todo es dimanado de los Gefes valerosos que en todas las ocasiones desarrollan su alma grande . . . (*se oyen tocar cajas dentro.*)

Anselmo.

¡ Ola , ola ! ¿ qué novedad será esta ?

Antonia.

Parece que se oyen correr caballos.

Silverio.

Voy , voy á saber. (*hace que se vá.*)

Sale Paulina.

¡ Qué alegría , Señores , qué alegría !

Antonia.

¿ Qué traes , Paulina , que vienes tan contenta y fuera de tí ?

Paulina.

Una gran novedad : ya pronto saldremos de canallas , si Dios no lo impide. Ay , San Antonio bendito , veinte y cinco partes de rosario , doce misas , y treinta dias de ayuno (que es lo que mas siento) os ofrezco , como de esta vez entren los Españoles , y nos

libren de los malditos guirigais y olfernes abominables, de las barbas y bigotes.

Antonia.

Pues yo pensé que tu eras partidaria de ellos.

Paulina.

¿ Yo , Señora ? Primero me tiraría al mar de cabeza , y consentiría ser quemada viva. ¡ Ay , ama mia ! No quiero nada con esos salteadores y asesinos.

Silverio.

¿ Pues no ves con que familiaridad van tantas madamas de bracero con ellos, se divierten y pasean , y no las hacen nada ?

Paulina.

¡ No las hacen nada ! Esas van porque son otras tales como ellos : son unas cochinas , puercas , indecentes , en fin , son . . . tente lengua.

Anselmo.

Dinos que ruido anda en la Ciudad , y déxate de censurar á nadie.

Paulina.

Los Franceses andan muy asustados: todo es correr de aquí para allí: los tambores tocan llamada para reunir los que van á marchar: el uno se despide, el otro se esconde, el otro llora, aquel desbarata, rompe y atropella á quantos encuentra de corage; roban, asaltan; y en una palabra, están zurraditos de miedo.

Antonia.

¡ Oh ! eso no puede ser en las tropas imperiales. (*con ironía.*)

Paulina.

¿ Pues hay otros mas collones que los gabachos quando encuentran con quien se las entiende ?

Silverio.

Pero sepamos, ¿ por qué es todo ese sobresalto ?

Paulina.

Por nada; por una pequeña friolera: porque nuestras tropas están en Alora, Coin, Cártama, y se van aproximando cada vez mas.

Anselmo.

Pero ¿quién te ha dicho?... .

Paulina.

Francisco, el alojado que tuvimos, le pregunté: Francisco, hombre, ¿qué viene á ser esto? ¿parece que estais asustados? Y diciendo un zancarron de los que ellos suelen acostumbrar, me dixo: ese General español estar mucho pícaro, tener mucha gente. Anda hombre, ten paciencia, y no tengas miedo, le dixé, y contestó: si tener miedo, no quiero me hagan tun, tun.

Antonia.

Pero eso no será miedo, será no mas que prevenirse para escarmentar á los insurgentes, como ellos dicen.

Paulina.

¿Pues qué estan ellos poco escarmentados desde la batalla de Cártama, en que venian á racimos los heridos?

Silverio.

¿Quereis, Don Anselmo, que vayamos á ver lo que ocurre?

Anselmo.

Vamos norabuena; y de paso visi-

23

taremos á madama Constanza , á ver
que diçe de estas cosas.

Silverio.

Esa es una afrancesada terrible , y
yo no visito esa gentuza.

Anselmo.

Pues yo sí , para descubrir y son-
dear sus intenciones.

Silverio.

Ellos ninguna tienen buena.

Anselmo.

Venid , y nos iremos á su costa.

Silverio.

Vamos , pues lo quereis.

Antonia.

¿ Y nos dexais solas con esta revo-
lucion ?

Paulina.

Señora , no temais , que si entran
los nuestros , les abriremos las puertas
para que refresquen , pues vendrán can-
saditos. ¡ Ah hijos de mi vida , quien
os pillara ahora mismo !

Anselmo.

Pronto volveremos : á Dios hija.

Silverio.

Hasta luego , Señorita. (*vanse.*)

Antonia.

Vayan Vdes. con Dios. (*vase.*)

*Calle corta : Villareal , Mingana , des-
pues Babastro , y Casaca.*

Villareal.

¿ Cuánto perdiste anoche en el jue-
go ?

Mingana.

Diez onzas de oro ; pero antes de
ayer gané quarenta.

Villareal.

Todavía no he podido yo desquitar-
me de las veinte que perdí el lunes :
en todo eres afortunado , amigo Min-
gana.

Mingana.

Tampoco tú te puedes quejar de tu
suerte.

Villareal.

Verdaderamente nunca debíamos es-
perar subir á la altura que nos halla-
mos.

Mingana.

De otra altura nos hubieran descolgado sino entran tan á buen tiempo los franceses.

Villareal.

Tú debias estar ahorcado veinte veces.

Mingana.

Y Vd. quarenta por ladron , asesino , borracho y contrabandista.

Villareal.

¿Cómo á un hombre como yo , te atreves á insultar de este modo? ¡ Por vida de Don José Malaparte , mi Rey y Señor! ¿ No te infunden respeto estas dos charratelas ?

Mingana.

¿ A qué viene toda esa furia? esto es chanza : si todos somos unos
(*riéndose.*)

Villareal.

Esas son chanzas muy pesadas , camaraa : á nadie le gusta que . . .

Mingana.

Villareal , entiendo á Vd. lo que quiere decir.

Villareal.

Aquel tiempo se acabó : ahora somos capitanes , si antes eramos ladrones.

Mingana.

Para mí todo es igual. ¿Qué mas tiene robar con licencia que sin ella ?

Villareal.

Es mas descansado : ademas que el honor de comer con el Gobernador , Capitanes , Coroneles , y Oficialidad , ¿ cuándo lo hubiéramos logrado entre Españoles ?

Mingana.

Ya se ve : esta gente tiene otro aquel que los otros.

Villareal.

Aquí todos semos iguales , camaraa , y ¡ cómo nos estiman ! . . . siempre semos los principales en todas las acciones.

Mingana.

De eso no me pesa : tambien robamos mas que todos.

Villareal.

Compadre , eso no es robar.

Mingana.

¿ Pues cómo se llama ?

Villareal.

Entre *melitares* se llama saquear.

Mingana.

Sea saquear ó robar : lo cierto es que sabemos muy bien nuestra obligacion : y lo hacemos mejor que ellos.

Villareal.

Poco hemos tenido que aprender. (*tocan dentro generala.*)

Mingana.

¡ Canario ! Parece que tocan generala.

Villareal.

Aun que no estoy todavía muy destruido en los toques , así parece.

Mingana.

¿ Qué será ?

Villareal.

Hacia aquí viene el Corsario Casaca y otro ; les preguntaremos.

Mingana.

Que par de indignos arrastrados son los dos.

Villareal.

Y qué , si son de los nuestros.

Babastro , Casaca y dichos.

Casaca.

A deus , Señores.

Villareal.

¿ Saben Vdes. porque tocan generala?

Casaca.

No teñan vosas mercedes que asustarse : todo he pequeña cosa.

Villareal.

Compadre ¿ entiende Vd. esta gerga? (á Mingana.)

Mingana.

Es Portugues , y apenas habla claro.

Babastro.

Dice que no hay que temer , que no es mas que ruido.

Villareal.

Pero quando tocan generala será cosa de cuidado.

Casaca.

Todo he ruido é nada mais. Los Españoles , ó quatro bregantius , se quieren facer el valiente.

Villareal.

Como los encuentre á tiro , pagarán su osadía.

Mingana.

Parece que viene mucha gente.

Casaca.

Por muita gente que venga , nui-
tros podeimos mais que eus.

Villareal.

No mas de que vean los plumages
de mi partida , juyen mil leguas.

Casaca.

Esos brigantiños son muito cobardes,
no facen mais que tun , tun , tun , y
correr á la montaña. Como eu poida
atrapar á alguno , á bordo de mi Cor-
sario , le tengo de ahorcar del palo
mayor.

Mingana.

Si no tiene tu falucho mas que uno.

Villareal.

Pues como te pillen , segun las ga-
nas que te tienen , creo que te ha-
rán taxadas.

Casaca.

Antes de que yo morra , he de ma-
tar á todos los españoes du mundo :
á mi padre , mi madre , é toda mi
parentela.

Babastro.

Tu eres muy valiente.

Casaca.

Nunca teño conocido ei temor.

Villareal.

¿ Por qué no sales con nosotros á
campaña ?

Casaca.

Por terra , á corpo descuberto no
me acomoda : por mar desafio á todos.

Mingana.

Compadre Casaca , no será tanto.

Casaca.

A mí me tiembran todos por la mar :
soy un tigre , una fiera quando estoy
en combate. Yo soy de pequeño gru-
mete en galeras : despois galopin en
barco de Roy : despois contrabandista
por mar é por terra : despois foi en
un barquiño de Moros al pillage : des-
pois pirata , y ahora con mi Corsario
ningun Español cobarde se me atreve.

Villareal.

Sí ; pero dicen que robas mucho.

Casaca.

Yo faso por mar lo que vuestas mer-

cedes faisen por terra. (*tocan caxas.*)

Mingana.

Otra vez tocan caxas.

Villareal.

Marchemos , que hombres como nosotros no deben huir la cara al enemigo.

Mingana.

Vamos á ver que destino nos da el Gobernador y Comandante.

Villareal.

Sí, sí; vamos á tomar órdenes.

Mingana.

¡Pobres de los que caigan en nuestras manos!

Villareal.

¡Infelices de los pueblos en que yo entre !

Casaca.

Eso sí , facer todo el mal que se poida á esos perros.

Villareal.

¿ Os parece que antes de salir á campaña , nos pongamos á medio lastre bebiendo unas botellas ?

Casaca.

No dice mal voisa merced.

Mingana.

En casa del Gobernador beberemos,
que ahora estarán acabando de almorzar.

Villareal.

Allí no tiene un hombre desahogo,
ni anchura: en una taberna

Mingana.

Ya, á lo que estamos jechos.

Villareal.

Nunca sabe mejor el vino, que en
la taberna, sentaos en un poyete, abier-
to de patas, el jarro en el suelo en me-
dio, el cigarro en la boca, el vaso
en la mano, y platicando con una ó
dos jembras que uno camele.

Casaca.

Vosa mercé parece algo enamoradoño.

Villareal.

Alguna cosa: el vino, el juego,
y las mugeres son mis principales di-
versiones.

Casaca.

Tambien se gasta muyto dinero.

Villareal.

Por el mundo anda quien lo paga.

Mingana.

Ea , vamos.

Villareal.

Sí , dices bien , vamos.

Los dos.

Abur Señores, hasta otro rato. (*vanse.*)

Casaca.

Estos dos homes son bravos.

Babastro.

¿ Quien les habia de decir su fortuna , quando han estado tantas veces en peligro de horca ?

Casaca.

Y ahora ellos facen ahorcar á cualquiera por frioleras.

Babastro.

Si no se emborrachára tanto Villareal , seria mas estimado del General.

Casaca.

Muyto mejor para que le estime.

Babastro.

Vamos nosotros alistando nuestros barcos por si acaso hay alguna desgracia.

Casaca.

Mi Capitan , no hay que temer.

Babastro.

Con todo , hay Españoles : están muy cerca , son muchos , y traen buenos generales.

Casaca.

Aunque traxesen todo el infierno junto , no poden con las tropas imperiales de Napoleon. (*con asombro.*)

Babastro.

Yo no me fio de eso : el otro dia venian ya dispersos , y entraban á carros los heridos , y como dice el otro , no siempre está el diablo detras de la puerta.

Casaca.

Es cierto que los Franceses ya han llevado muchos golpes.

Babastro.

Yo estoy temiendo que de esta vez entran los Españoles.

Casaca.

Vamos , vamos á esconderlo todo.

Babastro.

Sí ; no sea cosa que nos quedemos como antes estábamos , en cueros y sin dinero.

Casaca.

Primero morir , que entregar el dinero , y lo que hemos pillado con valor. (*vanse.*)

Salon largo : gran mesa en medio con botellas , visos y vianda. El General , Bellangé , Obregon , y otros oficiales sentados á la mesa.

General.

Alon , alon , bebamos á la salud del Emperador.

Bellangé.

Sí , sí , bebamos al compas del bélico estruendo.

Obregon.

Parece , mi General , que los enemigos se acercan demasiado.

General.

Despreciamos altamente su arrojo.

Obregon.

Con todo , una sorpresa , un descuido nuestro pudiera originar

Bellangé.

Monsieur Obregon tiene un poquito de miedo.

Obregon.

Del modo que yo me he conducido á favor de las armas francesas , si me pillan , mi cabeza corre gran riesgo.

General.

¡ Oh mon Dieu ! No temais , no temais.

Bellangé.

El mas ligero soplo de nuestras tropas imperiales basta para atemorizar todas las cuadrillas de los briganes.

Obregon.

Perdone Vmd. , mi Comandante ; ya no son briganes , sino tropa de línea , y bien disciplinada.

Bellangé.

Ya , ja , ja , ja. Vmd. es un tonto , Señor , un necio , mentecato , cuando cree que puedan asustarnos.

Obregon.

Como tenemos muy poca gente , y en la accion de Cártama sucedió

Bellangé.

¡ Qué , qué sucedió !

General.

Ochocientos mil hombres esperamos de refuerzo para el dia doce.

Obregon.

Ya , eso es otra cosa.

Bellangé.

Sí , sí , en viniendo los refuerzos , no ha de quedar ningun insurgente con vida.

General.

¡ Ba , ba ! todo lo tendremos pronto desbaratado. Mi Mariscal Soult viene á la frente de veinte mil hombres : los generales Rey , y Leval , por otra parte ; y por último , mucha gente , mucha tropa , mucho soldato , mucha caballería , mucho cañon , mucha pólvora , mucha bala , ¡ oh diablo ! ¡ temblarán bien de nosotros !

Bellangé.

Y en viniendo los refuerzos

Obregon.

Sí , todo va muy bien ; pero el Mariscal Soult , segun se sabe , fue atacado por los Españoles en Sevilla , y no quedaron los Franceses ventajosos : por otra parte la toma de Badajoz : Granada la tenemos bloqueada , Sevilla lo mismo , y todos estos pueblos invadidos , yo me temo . . .

General.

¡ Oh mon Dieu ! mentira , mentira todo. Bebamos a la salud del Emperador.

Bellangé.

Sí , sí , bebamos , bebamos (*bebe.*)

General.

Monsieur Obregon es un poco collon. (*al oído al otro.*)

Bellangé.

¡ Oh ! ya lo tiene acreditado con haber vendido su Patria.

General.

Muchos Españoles hay como este.

Obregon.

Mi General , brindemos por la buena suerte de las armas Francesas.

Bellangé.

Por la victoria que nos espera.

General.

Y por la bella madama Constanza.

Los tres.

Viva la union y la fuerza. (*beben.*)

*Sale Villareal con un parte en la mano,
y Mingana á su lado.*

Villareal.

Mi General, pronto, pronto á montar á caballo: acaban de traer este parte, como los enemigos están en Allora, con fuerzas muy considerables, y han derrotado á los Franceses.

General.

¡Oh Monsieur Villareal, eso no puede ser!

Bellangé.

Las tropas imperiales no se dexan vencer tan fácilmente.

Mingana.

¿Y quando dieron el balazo á mi General, no vinimos huyendo desde Cártama, como alma que lleva el diablo?

Bellangé.

El Capitan Villareal está borracho.

Villareal.

Leed el parte y vereis si es cierto lo que digo. (*se lo dá.*)

Lee el General.

„Hace seis horas me estoy batien-
do con las tropas de Ballesteros , y
ya no puedo resistir : Venid luego ,
luego con toda vuestra gente , de lo
contrario somos perdidos , y entran
en Málaga ; haced subir vuestras ri-
quezas al castillo de Gibralfaro , y for-
tificarle con toda la guarnicion Cívi-
ca. Ahora 16 de Abril. = El Coro-
nel del regimiento 58.”

General.

Alon , alon , todos á la camina , to-
dos á salir contra esos briganes : an-
dad vos , Comandante , y que se reu-
nan todos los dragones , y toda la in-
fantería.

Bellangé.

¡ Oh ! Españoles , os acordareis de
nosotros.

General.

Vosotros , valientes Capitanes , alis-
tad vuestras Partidas , y venid conmi-
go á reunirse. (á Mingana , y Villareal.)

Los dos.

Vamos á obedeceros. (vase.)

Villareal.

De esta vez saqueo hasta las arañas
de los Cortijos. (*vase.*)

General.

Monsieur Obregon , cuidad que las
baterías del muelle estén bien prevenidas,
y dad orden á los Corsarios que estén
listos para hacer fuego si se aproxima
alguna nave enemiga. Haced que suban
al castillo todos los Cívicos , nuestros
heridos , y demas gente.

Obregon.

¿ Y yo , Señor , no me subo ? por-
que si os dispersan , entran , y des-
pues

General.

¡ Oh bugre ! andad y haced lo que
os he dicho.

Obregon.

Voy á obedeceros. (*vase.*)

General.

Garzon. (*sale un Lacayo.*)

Lacayo.

Señor.

General.

Has al instante empaquetar mis al-

hajas y dinero , compon mis maletas ,
y en los carros subirlo todo al casti-
llo : que no se pierda nada.

Lacayo.

Señor General ¿ y mis salarios ?

General.

¡ Oh bergante ! ¿ ahora vienes con esas ?

Lacayo.

Hace seis meses que no me pagais ,
y no tengo siquiera

General.

El gran Napoleon pagará por mí.
(*escribe sobre otro bufete que habrá en el
Teatro.*)

Lacayo.

Estos quieren que se les sirva pun-
tual ; pero la paga . . . ya se ve , to-
do lo quieren para ellos.

General.

Toma , lleva este billete á casa de
madama Constanza ; y dila que se aprove-
che de mi aviso.

Lacayo.

Señor , tened á bien darme . . .

General.

Anda pronto , ó te mando ahorcar.

Lacayo.

Maldito seas , y quien me metió á servirte. (*vase.*)

General.

¡ Oh General español ! tú solo nos das que hacer. (*vase.*)

Salon corto , con tocador á la izquierda , y sillas. Doña Constanza al tocador , acabándose de prender. Doña Ana á su lado , y Don Anselmo , y Don Silverio mas allá.

Constanza.

Estos pícaros peluqueros Españoles no saben poner una cabeza con elegancia.

Ana.

Son unos bestias.

Constanza.

El otro dia le dixé que hiciera en la cabeza el monte Pirineo , y el ignorante me hizo una cosa que parecia un nido de golondrinas.

Ana.

El mio no me supo hacer para este

último bayle de máscaras unas alas de gavilan rizadas.

Anselmo.

Yo estoy absorto: ¿y qué, se pueden hacer en la cabeza todos esos embelecós?

Constanza.

¿Quién lo dificulta? los peluqueros franceses inventan, estudian, cada dia sacan un nuevo peynado . . . unos á la desgrire, otros á la rusa, á la mingreliana, á la egipcia, á la molinera, patagónica, turca, alemana, cantabrina, y en fin, nos cambian cada instante la cabeza de mil modos.

Silverio.

Así teneis todas los sesos tan revueltos, y tan poco juicio. (*aparte.*)

Ana.

Para tomar una idea del gusto, irremarcabilidad, finura y delicadeza de nuestros artistas Franceses, veanse sus caricaturas, diseños y figurines, y tendrán que admirar los estúpidos Españoles.

Constanza.

A toda Europa ha regeneralizado, civilizado é instruido nuestros Parisienses.

Anselmo.

Tambien han pervertido , destruido y arruinado muchas familias.

Constanza.

Vos pensais á lo antiguo , amigo mio ; siempre han sido los Franceses el quadro luminoso de la sabiduría , y el modelo de las Naciones.

Anselmo.

Os equivocais , Señora ; está mejor comentado si dixérais: siempre han sido el vapor infectado , que introducido por los sentidos de los necios , ha causado una peste general en que han muerto los caudales y las honras.

Constanza.

Los Franceses nos han arreglado el juicio con sus ciencias y artes, y sino hubiera sido por ellos ¿ qué seria de los miserables Españoles ?

Anselmo.

Los Franceses nos han desarreglado el entendimiento , usos , leyes , cos-

tumbres y religion; y ojalá que nuestra docilidad no les hubiera dexado fomentar tanto su comercio é intrigas, y no nos veriamos ahora en el estado tan horroroso que nos vemos.

Constanza.

En eso dais á entender

Anselmo.

Nada mas, sino que somos merecedores del castigo.

Ana.

¿Qué mas ventura podeis tener que estar baxo el dominio del sabio, el fuerte, el poderoso, el católico y eminentísimo, y grande Emperador Napoleon?

Anselmo.

Mejor quisiéramos estar baxo el dominio de un feroz turco renegado. Mirad las felicidades que nos han traído; volved la cara, vereis las calles sembradas de cadáveres por el hambre: atended los lamentos y gemidos de los niños, ancianos, mugeres espirantes y exánimes, por lo mismo: los Pueblos desiertos, los campos sin cultivo, las ar-

tes y ciencias paradas , y sus profesores víctimas de la indigencia : las tiendas de los artesanos cerradas por las contribuciones , y sus oficiales pidiendo limosna : el comercio perdido , los comerciantes atropellados por no poder pagar lo que les piden : la casas desocupadas : los empleados miserables , sin sueldos ni arbitrios : robando el usurero , el carnicero , el panadero , el revendedor , la frutera , y todo el que puede , porque á nadie se le priva. En fin , todo injusticias , tropelias y perdicion.

Ana.

¡Bravo sermon nos habéis encaxado!

Constanza.

¿Quién hace caso de necesidades?

Silverio.

Hablemos de otra cosa : ¿ no advertís el ruido que anda por las calles?

Constanza.

¿ Y qué viene á ser eso?

Silverio.

Que tenemos los enemigos encima.

Ana.

Disparate , tonterías.

Anselmo.

El General va á salir , ó ya ha salido con toda su comitiva.

Constanza.

¡ Ah ! noticias de populacho : ya me hubiera dado aviso de ello.

Silverio.

Su Lacayo viene á este sitio.

Constanza.

Verdad es. (*sale el Lacayo.*)

Lacayo.

Tomad este billete de mi Señor.
(*lo da.*)

Constanza.

¿ Ha salido ? (*abriéndolo.*)

Lacayo.

Ahora mismo montó á caballo.

Constanza.

¡ Dios mio ! ¡ qué imprudencia ! sia atender á que todavía no está bien curado de sus heridas.

Ana.

¡ Pobrecito de mi alma !

Silverio.

¡ Qué lástima de trabucazo !

Lee Constanza.

„Amada Cónsula : yo voy á salir ;
 „los enemigos son muchos , y están
 „muy sobre sí : me temo que no nos
 „den lugar para huir ; salva tus al-
 „hajas y dinero en el castillo , y tú
 „igualmente con tu familia enciérrate
 „en él : esto va malo , malo , no des-
 „precies mi aviso. A Dios para siem-
 „pre , por si no nos volvemos á ver. =
 „El General Gobernador Maransin.” =
 ¡ Qué fatalidad ! ¿ qué haremos ?

Ana.

Recogerlo todo , y subirnos arriba.

Constanza.

Bien decis : ¿ y vos , Señores , no
 subis al castillo ? (á los dos.)

Anselmo.

Nosotros , Señora , no tenemos por-
 que temer.

Silverio.

Si la suerte nos hizo prisioneros ,
 tampoco hemos tomado partido contra
 nuestra Patria.

Anselmo.

Besoos los pies. (*vase.*)

Silverio.

Dios os guarde. (*vase.*)

Ana.

Estos pícaros son caballos blancos.
(*vase.*)

Constanza.

Se acordarán de nosotras. (*vase.*)

Lacayo.

Me temo que las amenazas paren en llanto. (*vase.*)

Calle larga: por la izquierda saldrá un tambor batiendo marcha, y una columna de doce ó diez y seis soldados que hará alguna evolucion, mandada por un oficial: se entran por la derecha. Sale Don Silverio y Anselmo.

Silverio.

Estas gentes parece que están de priesa.

Anselmo.

Todos van saliendo, y los heridos y contusos los suben al castillo.

Silverio.
Si Dios quisiera librarnos de tanto

Anselmo.
Pícaro , ¿ querreis decir ?

Silverio.

Cierto. Pero ¿ qué abispero de pillos viene hácia aquí con trabucos y escopetas ? El Capitan de ellos , que será el que viene delante , parece un fariseo , ó el mismo cancerbero. ¿ Quién serán estas gentes ?

Anselmo.

Genoveses para servir á Vd.

Silverio.

Que vayan á servir á la perra de su madre.

Anselmo.

Estas sabandijas por todo se introducen , y hacen á todos palos : ora son franceses ó portugueses , ora son ingleses , moros , turcos , rusos , alemanes , y en fin , son de todos , siempre que su codicia les presente donde poder hacer su negocio.

Silverio.

Semejantes polillas , debian limpiarse

de todas naciones , con pólvora y alquitran. *Anselmo.*

Amen . . . Pero ¿ con escopetas y trabucos por las calles ? no lo entiendo.

Silverio.

Arrimémonos á un lado y escuchemos. (*Se retiran á un bastidor de la derecha , y sale Casaca con seis ú ocho entre marineros y pillos , todos con armas : Casaca con barboquejo , gorra de pelo hasta los ojos , cabello echado á la cara , camisa encarnada , y pantalon largo obscuro , y alpargates , pistolas , trabuco , escopetas , sable y puñal.*)

Casaca.

Ea , mochachos , este dia , nostro valor ha de facer nostra fortuna : é puede ser multo bien que de miseros corsarios pasemos á ser capitanes , coroneles , generales , ó mariscales ; porque el grande Emperador premia á todos los valientes. ¿ Jurais de no facer cosa bona ?

Todos.

Lo juramos.

Casaca.

¿ Jurais de ser bravos y robar toido ?

Todos.

Lo juramos.

Casaca.

¿Jurais de emborracharse á la salud de nuestro amo Napoleon?

Todos.

Lo juramos.

Casaca.

¿Jurais morir por él?

Todos.

¡ Ah ! . . . (á todos se les abre la boca y se esperezan.)

Casaca.

¿ Telleis sueño ? ¡ eh ! . . . ya entiendo.

Anselmo.

Parece que no quieren morir por nadie.

Silverio.

Los otros juramentos les gusta mas que ese.

Anselmo.

¿ Con que este es Casaca ?

Silverio.

Sí señor , el corsario mas ladron de todos.

Casaca.

¿ Quién es ? ¡ alto ahí ! (*Casaca re-*

para en Anselmo y Silverio , y les encara las armas.)

Anselmo.

Nosotros amigos. ¿ No nos conoces ?

Casaca.

En este tiempo yo no conozco á ninguno.

Silverio.

¿ Y á mí me conoces ?

Casaca.

¡ Oh Don Silverio !

Silverio.

¿ Dónde vas de este modo ?

Casaca.

A perseguir los bergantes , y sosegar el pueblo.

Silverio.

¿ Pero esas barbas y ese disfraz ?

Casaca.

Esto es para que teñan horror y meido.

Sale Doña Antonia y Paulina.

Antonia.

¡ Ay , Padre mio , con qué cuidado me teniais !

Paulina.

Ay , Señor , las dos estábamos ya rezando por Vd.

Anselmo.

¿ Y por qué , hija mia ?

Silverio.

¿ Doña Antoñita , qué ha ocurrido ?

Antonia.

¿ Pues no sabeis ?

Paulina.

Toma , si parece un dia de juicio.

Antonia.

Los españoles están á la vista , y todos los afrancesados , empleados , cívicos y enfermos se están subiendo al castillo.

Paulina.

Tantos heridos , ademas andan por las calles unos unos

Anselmo.

Calla , no te oigan. (*á parte.*)

Casaca.

No teñere miedo , Señorita , todo esto no es mas que ruido.

Paulina.

¿ Ruido dice Vd. ? algo mas es sin duda. (*tiros dentro.*)

Antonia.

Padre , huyamos del peligro.

Paulina.

Sí , si señor , vámonos á casa. (*á parte á Anselmo.*) (*Tiros dentro ; salen franceses huyendo.*)

Silverio.

Amigo mio , esto ya va bueno.

Casaca.

No fuyais , cobardes : (*á los franceses.*)
Ea , fillos míos , vamos á defender la Ciudad de esos perros. (*á los suyos.*)

Anselmo.

Pero ¿ quereis oprimir mas el pueblo , en un lance tan apretado ?

Casaca.

Vosa mercé no se cure de aqueiso , que yo se muito ben mi obligason.

Paulina.

Como no le duele nada , no tiene porque curarse.

Silverio.

Pero ¿ qué es esto ? (*mira adentro.*)

Anselmo.

Nada , algun moribundo que traen en unas parihuelas. (*Sacan unas pari-*

huelas entre cuatro , y en ellas uno que figura herido.)

Antonia.

¡ Infeliz !

Silverio.

¡ Qué lástima ! lo siento. (*con ironía.*)

Paulina.

Yo tambien que no haya sido mas. (*Tiros dentro , y salen huyendo algunos ; unos con lios , otros con cofres , y otros soldados sin fusil ni fornituras.*)

Silverio.

Amigo Casaca , ¿ qué viene á ser esto ?

Casaca.

Pamprañas de los españoles.

Paulina.

Puede que las pamprañas te cuesten á tí y á otros caras. (*aparte.*)

Antonia.

Padre , por Dios vámonos. (*entre dos sacan á uno ensangrentado y bendada la cabeza.*)

Paulina.

La procesion del dia del Señor , no tiene que ver con esta.

Casaca.

Amigos míos , prevenid las armas , y vamos á castigar estos perros.

Silverio.

Buen refuerzo de pícaros. (á parte.)

Casaca.

A Deus señoes. (vase.)

Paulina.

Anda con dos mil demonios.

Doña Constanza , Doña Antonia , el Lacayo , Obregon ;

ellas con algunos lios

debaxo del brazo , el Lacayo con un

baul en las espaldas , y Obregon con

unas botas en la mano , un sombrero

de tres picos , un perrito debaxo del

brazo.

Obregon.

Corramos , corramos , si no nos pillan.

Constanza.

Yo estoy tan fatigada.

Ana.

Y yo lo mismo.

Lacayo.

No anden tan de priesa , que yo

no puedo.

Ansélmo.

Buenas tardes , Señores. (á ellos.)

Obregon.

¡ Qué tardes , ni qué diablos ! dexadnos en paz.

Antonia.

¿ Cómo lo pasa Vd. Doña Constanza ?

Constanza.

Malditísimamente.

Ana.

No estamos para cumplimientos.

(Salen huyendo soldados , y atropellan á Doña Constanza , y Doña Antonia , y cae el Lacayo con el baul. Tiros dentro.)

Constanza.

Brutos , picarones , ¿ atropellar así una Señora como yo ?

Paulina.

Señora , si van huyendo los pobres.

Ana.

Que no huyan que no hay por qué.

Antonia.

Dice bien. (con ironía.)

Obregon.

La culpa tenemos nosotros de pararnos á cumplimientos en un lance tan

apurado. Levanta, hombre, y corramos.
(*al Lacayo.*)

Lacayo.

¿Sabe Vd. si puedo? Ay, ay, por fin me enderecé. (*levántandose.*)

Constanza y Ana.

Abur, abur, Señores. (*se van.*)

Anselmo.

Id con Dios, y vámonos nosotros á casa á esperar el resultado de esta cosa.

Antonia.

Dice Vd. bien.

Silverio.

Nada debemos temer los verdaderos españoles. (*vanse.*)

ESCENA ENTRE ACTOS.

Campo de batalla con vista de una pequeña Ciudad: aparecen al lado derecho tropa española en forma de batalla, haciendo fuego á la francesa. Las cajas tocarán ataque; los franceses estarán á la izquierda con dos cañones: el General, Bellangé, y el Oficial: estos mandan hacer fuego á

su tropa ; pero á la segunda descarga de los españoles caen algunos muertos franceses : ponen en desorden , avanzan algunos españoles y toman uno de los cañones , y vueltos á su puesto dirán :

Españoles.

Viva España , viva nuestro Rey Fernando VII.

General.

¿ Franceses , no os avergonzais ?

(Los españoles hacen otra descarga , á la que retroceden los enemigos haciendo fuego. Figuran que desmontan el otro cañon.)

Españoles.

Viva Fernando , y nuestro General.

General.

Franceses , viva el Emperador.

(Los franceses echan arma á la espalda , y embisten con sable en mano ; pero los españoles los imitan , sacan tambien los sables , y despues de una disputada pelea , huyen de los españoles , siguiéndoles estos el alcance.)

General.

Retirada, retirada.

Bellangé.

A Málaga, á Málaga.

Españoles.

Viva Fernando, vivan los Españoles.

Todos.

Vivan. (*Se entran, y cae el telon.*)

Fin del Acto primero.

t

ACTO SEGUNDO.

Selva larga : y á la izquierda ; vista del castillo de Gibralfaro ; llueve bastante. Doña Constanza , Ana , Obregon , Lacayo , y otros muchos asomados por el paredon del castillo.

Ana.

Esto es demasiado llover ; amiga mia , metámonos dentro.

Constanza.

¿ Meterse dentro ? ¿ por acaso se puede estar de pies ?

Obregon.

Siempre estamos mejor que aquí moxándonos.

Constanza.

Andad vos si quereis , que yo no puedo estar con esa chusma.

Ana.

Es tanta la gente que ha acudido

Obregon.

Si todos están llenos de miedo.

Lacayo.

Así como nosotros.

Constanza.

¡ Ah ! ¡ quién habia de creer que nuestra opulencia se habia de ver en tal conflicto !

Ana.

¡ Despues de tanto convite !

Constanza.

¡ Despues de tanto bayle !

Ana.

¡ Tanto luxo !

Constanza.

¡ Tanto juego !

Lacayo.

¡ Y tanto , tanto , tanto ! (*con intencion satírica.*)

Obregon.

¡ Cruel General , en que aprieto nos pones !

Lacayo.

No es el daño el que se ve , sino el que queda escondido. (*Se oye mucho tropel dentro , de correr caballos , cerrar puertas , gritos , y algunos tiros.*)

Voces dentro.

Que nos siguen , que entran.

Obregon.

¡ Virgen Santisima , qué será de nosotros !

Constanza.

San Napoleon bendito , haced que no nos corten la cabeza.

Lacayo.

Si ese Santo no está en el cielo , ¿ á qué le reclamais ?

Ana.

¿ Qué sabes tú , ignorante ?

Lacayo.

Porque lo sé lo digo.

Constanza.

Calla , miserable , no me atormentes mas.

Lacayo.

El Almanaquista (que será un truan como otros muchos) lo ha puesto para atormentar á los Cristianos.

Obregon.

No digas disparates.

Lacayo.

Sí , ¡ disparates ! (*sonriendo.*)

Ana.

Mirad, mirad, amiga mia, allí viene apresurado con su comitiva el General.

Constanza.

Sin duda, él es, (*mira adentro.*)
¡San Abdon bendito, qué será de nosotros!

Lacayo.

Ese será Santo frances.

Salen el General, oficial y soldados precipitados y en tropel.

Constanza.

Mi querido General, amigo, ¿habéis venido?

General.

¡Oh mon Dieu! vencer . . . esos bugres, esos bergantes . . . ¡Sarnicoton!
(*pega un sablazo en el suelo.*)

Constanza.

Pero acabad, decid, ¿cuál es nuestra suerte?

Oficial.

Señora, venimos huyendo.

Ana.

¡ Infelices de nosotras !

Obregon.

Mi General , ¿ seremos degollados ?

General.

¡ Degollados ! ¡ oh diablo ! calla bergante.

Lacayo.

Quisiera le degollasen , aunque perdiese mis salarios. (*aparte.*)

Constanza.

Amigo , querido mio , no os detengais mas tiempo , subid , subid con nosotras , nos consolareis.

Ana.

Nos defendereis.

General.

¡ Consolar ! ¡ defender ! imposible : dadme una cuerda para que me ahorque.

Constanza.

Tú dices eso , brazo inimitable , ¿ donde está tu valor ?

Oficial.

La dilacion nos puede ser funesta : (subamos) al castillo.

Constanza.

Caro amigo , quereis darnos armas ,
y vereis , como otras soberbias amaz-
nas , salimos contra ese . . .

General.

¡ Oh madama ! ¿ vos os burlais de
mí ?

Lacayo.

Con el susto delira.

Obregon.

¿ No subís , mi General ?

General.

Si subimos : á muerte ó vida de-
fendámonos con valor.

Obregon.

¿ No fuera mejor capitular ?

General.

¡ Ah collón ! primero perezca la Ciu-
dad al impulso de nuestra artillería ,
que entregarnos.

Lacayo.

¡ Qué sentencia tan humana !

Oficial.

Entremos.

General.

Entremos y todos mueran. (*vanse.*)

*Suben al castillo ellos y la tropa. Calle :
Babastro y Casaca con su gente.*

Babastro.

Amigo Casaca , esta es la ocasion en que debemos demostrar quienes somos , y á quienes servimos.

Casaca.

Es molto justo , é poisto en razon.

Babastro.

Supuesto que todos se han subido al castillo , nosotros haremos de las nuestras , defendiendo el Puerto y la Ciudad de los mal intencionados.

Casaca.

Dices bien.

Babastro.

Yo con la mitad de mi gente me iré al muelle , tomaré las baterías , las preparo muy bien , vuelvo la mitad de la artillería hácia el mar , y las demas á la Ciudad : se acercan los Ingleses , destrozo yo sus naves , y las echo á pique con mi artillería : se acercan los Españoles por tierra , siembro el campo de cadáveres ; viene to-

do el pueblo contra mí, y mato á todo el mundo. Quedo victorioso, lo sabe Bonaparte, me hace duque de Moscovia y Capitan General de los quatro Réynos de Andalucía.

Casaca.

Confeso la verdad, que non he visto victoria mas pronto ganada, ni ascenso mais pronto conseguido.

Babastro.

Haz cuenta que has visto suceder cuanto he contado.

Casaca.

Pos de ese modo yo me retiro á mia casa.

Babastro.

¿ Por qué motivo ?

Casaca.

Un home de mias circunstancias non face un papel tan poco diño en este combate, y si á vosa mercé le facen Duque y General, por sus fazañas, á mí por las que tengo feitas, y las que faga, me han de facer Obispo.

Babastro.

Siempre tú alcanzarás un alto puesto.

Casaca.

Como non sia que me ahorquen , toido va bien.

Babastro.

Quiero darte una comision de mucho lucimiento.

Casaca.

¿ Y cuál es?

Babastro.

Tú irás con la mitad de la gente por las calles , cuidando que no haya corrillos ni quimeras : nadie lleve armas : todos las capas al brazo , y de cuando en cuando entrar en las casas poderosas á fin de . . . de (*hace señas de rapiña con la mano.*)

Casaca.

Comprendo , comprendo lo que vos merced me dice.

Babastro.

Pues estás enterado , cada uno á su negocio.

Casaca.

A Deus , mi Capitan. (*vase por la izquierda.*)

Babastro.

A Dios , insigne Casaca , Portugues
el mas grande : á Dios. (*vase por la
derecha.*)

Sale Don Anselmo , Antonia y Paulina.

Anselmo.

No hay duda , hija mia , que es
grande indiscrecion salir de casa , y mas
con mugeres , cuando todo está tan re-
vuelto , y hay que temer que...

Antonia.

¡ Qué temer ! nada absolutamente ,
porque si entran los nuestros , á bien
que nos conocen , y como son políti-
cos y obsequiosos con las damas , no
faltaria alguno que nos acompañase á
nuestra casa.

Paulina.

Ay , ama mia , si eso sucediera , le
daba á Vd. mil besos.

Anselmo.

Pero puede ser que alguno de esos
fariseos franceses por vengarse...

Paulina.

No señor , no tengais cuidado , es-

tán ahora metidos en la gazapera con mas miedo que vergüenza.

Antonia.

He tenido el mayor gusto en verlos correr llenos de miedo.

Anselmo.

Grande ha sido el despojo de escarpelas y casacas de Cívicos.

Paulina.

Hasta los jaquetones picaronazos de la Partida de Villareal y Mingana se andan escondiendo y tirando las armas.

Anselmo.

¿Dónde se habrán metido esos dos valientes campeones? (con ironía.)

Antonia.

Andarán huyendo de los Españoles, y robando con su gente los cortijos, lagares, caserías, y cuanto encuentren.

Anselmo.

¡Infeliz España! No solo esa Nación detestable, gobernada por un usurpador y tirano, causa tu ruina, sino tus mismos hijos, como tigres feroces, tienen sus garras en tu sangre inocente.

Antonia.

Señor, no desconfieis; todo tendrá remedio.

Sale Don Silverio.

Don Anselmo, amigo, Señora, ¿qué es esto? ¿Cómo andais con esta confusion por las calles?

Anselmo.

A lo mismo que vos: á ver y regocijarnos con las buenas noticias: vaya, decid, ¿qué sabeis de nuevo? ¿acabaremos esta vez de ser esclavos?

Silverio.

No os puedo decir quales sean las sábias disposiciones del digno General que manda nuestras tropas; pero lo cierto es que las tenemos en Teatinos, Campanillas, y todos estos contornos; sino entran será por otras segundas causas que lo impidan.

Anselmo.

Todo se manifiesta favorable, y yo creo que con el auxilio de la Inglaterra, el entusiasmo de los buenos Españoles, y sobre todo, la clemencia del Cielo, ha de ser dentro de muy

poco tiempo la España el azote sangriento de sus opresores infames.

Silverio.

El dia que salgamos de franceses, contad con quatro barriles de vino del mejor, y para los Españoles seis botas.

Paulina.

¿Por qué no se las regalais á los gabachos, vereis como os lo agradecen á tiros?

Silverio.

Un demonio para tí y ellos, mi vino no lo catarán, que beban puñales.

Paulina.

Y si son de Albacete, les harán mas provecho.

Antonia.

¿Es verdad que todos los afrancesados se han metido en el castillo?

Silverio.

Los cuitados no hallaban sitio por donde correr á encerrarse.

Anselmo.

¿Y el miserable Gazetista?

Silverio.

¡Toma, toma! el primerito que se

encaxó en el castillo : ye se ve , tal es el temor de que los insurgentes (como él dice) le corten la cabeza.

Antonia.

¿Y cómo cabe allí tanta gente? ¡ estarán en grandes salones cómodos y bien amueblados !

Silverio.

No , sino al raso , sufriendo el agua , sol , viento y mil fatigas , apiñados como hormigas , y tirados por aquellos suelos sus equipages.

Anselmo.

Solo el Gobernador y algunos otros tienen algunos cuartuchos miserables , y para eso están todos revueltos hombres y mugeres.

Antonia.

¿Y el Gobernador ha subido ?

Silverio.

Tambien está en la madriguera.

Paulina.

Ya se ve , el pobre como está malo

Silverio.

Claro está , el pobre como tiene miedo

Paulina.

Señor , ¿ vámonos ya á casa ?

Anselmo.

¡ A casa ! No señor : primero quiero ver cuanto pasa , para que no me lo cuenten.

Silverio.

Decis bien : supuesto que nos han dexado amos de la Ciudad , y solo se ven Españoles por acá abaxo , démonos treinta paseos.

Antonia.

Hoy sí me pasearé gustosa , no cuando hay tanto diablo.

Paulina.

Tanto fariseo.

Anselmo.

Tanto borracho.

Silverio.

Tanto ladron , pícaro , insolente , blasfemo , ateista , asesino.

Paulina.

Que viva Don Silverio , que dice las verdades.

Silverio.

Que vivan nuestros restauradores, la fe, y el General español.

Todos.

Que vivan, vivan mil veces.

Vista de marina con una baterfa, y los cañones vueltos hácia la Ciudad: Babastro, y al pie de los cañones dos Genoveses con mechas encendidas.

Babastro.

Morirán todos como hagan el menor movimiento de la Ciudad contra los franceses: estos perros malagueños, aunque callan, abrigan siniestras intenciones contra nosotros.... aunque si vale decir verdad, no van infundados: se ven esclavos, indefensos, despojados de sus bienes y haberes, y puestos en la última miseria; pero que aguanten, para eso tienen el alto honor de ser vasallos del grande, grande José primero.

Casaca con su comitiva y dichos.

Casaca.

Boas tardes , camaradas , ¿ ha caldo algun picarriño ?

Babastro.

Todos están quietos : nos tienen miedo , y si se atrevieran

Casaca.

¡ Oh ! si se atrevieran serian feitos pedazos de un portugueis invencible.

Babastro.

¿ Y tú has encontrado algo por esas calles ?

Casaca.

Nada , nada absolutamente : todo andar y nada de provecho. Mas me acomodaba salir con mi corsariño , á ver si pillaba alguno descoidado.

Babastro.

¿ Y en las casas , no has podido ?

Casaca.

Todas están cerradas con veinte tranças y doce llaves : non se poide ganhar la vida.

Babastro.

¿ Y á los que has encontrado por las calles no los has registrado ?

Casaca.

Los he registrado, amenazado, maltratado, y feitoles poner las capas al hombro; pero todos iban sin alhajas, y mas limpios de dineiro que cortesana en Quaresma.

Babastro.

¿ Con qué al fin no conseguiste nada ?

Casaca.

Esto ya me lo pensaba : non queiro nada por teirra : todas nuestras esperanzas fuyeron.

Babastro.

No desconfies, valiente caudillo, que solo con lo que estamos haciendo seremos bien premiados.

Casaca.

¡ Oh ! yo no queiro premios : diñero, diñero mucho.

Babastro.

¡ Pero qué reparo ! hácia allí viene un peloton de gente. (*mira dentro.*)

Casaca.

Y segun se ve relucir , traen armas.

Babastro.

¿ Si serán Españoles ? ¿ abandonaremos la batería ?

Casaca.

¡ Cómo abandonar ! Ea fíos míos , hagámonos firmes , y morramos con honor.

Babastro.

Casaca , no seas temerario , mira que

Casaca.

Genoveses , acordaos de que sois corsarios de mar y terra.

Bellangé , Mingana , y algun otro se quedan al bastidor.

Casaca.

Ninguno se acerque , sino quiere morir á nuestro corage. (*apuntando.*)

Babastro.

Haced fuego , muchachos , mueran estos bergantes.

Mingana.

¿ Cómo bergantes ?

Bellangé.

¿Qué vais á hacer? ¿No veis que somos nosotros?

Babastro.

No os distingo, decid vuestro nombre.

Bellangé.

Bellangé

Mingana.

Mingana el Capitan.

Casaca.

Todos somos Capitanes.

Babastro.

Suspended, amigos. (á los suyos.)

Casaca.

Si no hablais, os hacemos ceniza.

Bellangé.

¡No hubiera sido mal lance: tras de venir huyendo, y sin ninguna ganancia, que nos hubierais muerto!

Mingana.

¡Canario! No faltaba mas sino que nuestros amigos nos hubieran . . .

Casaca.

Yo no tengo amigos, ni conozco á ninguno en estas ocasiones.

Mingana.

A lo menos debias respetar un hombre como yo.

Casaca.

¡Valente porquería!... homes como tú en cualquiera presidio se encuentran.

Mingana.

¿Cómo, pícaro, te atreves?...
(se le acerca.)

Casaca.

Si te acercas otro paso, te hago saltar la testa: de pícaro á pícaro no va muito.

Babastro.

Señores, señores, dexarse de cuestiones, y decidnos donde está el enemigo.

Bellangé.

No hay ya que temer, se han retirado de estos contornos.

Mingana.

Las muchas aguas y falta de víveres les han hecho insoportable el sitio.

Bellangé.

Yo me creí entrasen en Málaga, como Pedro por su casa.

Casaca.

Mientras el bravo Capitan Casaca hubiera tenido armas y municiones , no hubiera entrado un solo bergante en la Ciudad.

Mingana.

¡Oh tú eres muy valiente ! (*con ironía.*)

Casaca.

Mas que tú , gran perro.

Bellangé.

Así , así me gusta : como se conocen los hombres de espíritu.

Babastro.

Los fuertes campeones se disputan la gloria.

Bellangè.

No perdamos el tiempo en digresiones superfluas : vamos á dar parte á nuestro General de lo sucedido , y decirles á todos que ya pueden sin recelo baxar , pues la nube fue á descargarse á otra parte.

Mingana.

Decis bien : vamos á ganar las albricias del General.

Casaca.

¿ Albricias por haber huido ?

Babastro.

¿ Quieres callar ?

Bellangé.

Vamos , mi Capitan.

Mingana.

Vamos , mi Comandante. (*vanse.*)

Salon corto : Doña Antonia y Paulina.

Antonia.

¡ En qué quietud se halla la Ciudad !

Paulina.

No es extraño : todos los guirigais están sepultados debaxo siete estados de su miedo.

Antonia.

¡ Ay amiga ! no me puedo llegar á persuadir que seamos libres.

Paulina.

Sí señora , lo seremos : los Españoles son tenaces en lo que emprenden. Nuestro General tiene mucha gente , es activo y emprendedor.

Antonia.

Si llegan á entrar los Españoles , y

por casualidad viene entre ellos aquel
sugeto

Paulina.

Ya , ya entiendo á Vd. Señorita :
el oficialito D. Jacinto , vuestro novio.

Antonia.

¡ Ay Paulina ! si comprendieras . . .
si yo pudiera explicarte mi corazon . . .

Paulina.

¡ Pobrecito , cómo estará!

Antonia.

Contempla tú. En el momento en que
nos ibamos á desposar , entrar esos mal-
ditos franceses , y quedarme

Paulina.

Ya se vé , quedarse . . . ¡ Pobrecita
ama mia ! . . . os compadezco de todo
mi corazon.

Antonia.

No se como tuve valor de despedir-
me cuando se marchó con nuestras tropas.

Paulina.

Otras pobrecitas han quedado lo mis-
mo que Vd. y esperan , esperan

Antonia.

¡ Qué hemos de hacer sino esperar!
(con lástima.)

Paulina.

Ciertamente no se encuentra un novio por un ojo de la cara.

Antonia.

Y yo que soy tan delicada en materia de ..

Paulina.

Hace Vd. muy bien : ¿ no hay mas que entregarse á cualquiera pelafustán , ó á algunos de estos monos oficiales renegados , y súbditos del tio botellas ?

Antonia.

Primero me ahorcaria : yo con ninguno de esos serviles mercenarios , aduadores indignos

Paulina.

Muger hay que ha hecho voto de vivir mártir toda su vida , antes que casarse con ninguno de esos.

Antonia.

Esas serán mugeres honradas y de buena educacion.

Paulina.

Pues , honradas digo : ahora de las demas , todos los dias se ven de bra-cero con ellos.

Antonia.

¡ Infames ! Quisiera que

Paulina.

Mugeres como ellos , que hacen á dos palos. *Antonia.*

Don Jacinto era tan fino , cortes , obsequioso , alegre , jovial , y . . .

Paulina.

¡ Sería un buen mozo !

Antonia.

¡ Ay amiga ! su figura era tan interesante , tan amable , seductora

Paulina.

Basta , basta , Señora : ¿ No veis que de ese modo renovais unas heridas que quizá no podreis sanar tan pronto ?

Antonia.

Sí , decis bien , Paulina : mas vale olvidarlo y padecer , padecer.

Paulina.

Puede que no padezca Vd. mucho : entrarán los nuestros , viene su querido oficial de Vd. , se casa , y todo queda concluido.

Antonia.

¡ Ah ! ¡ si eso fuera verdad !

Paulina.

¿Y por qué no ? todo puede suceder.

Antonia.

Sea ó no sea , yo no me casaré jamas con ningun afrancesado : español , español le quiero.

Sale Anselmo.

Muy bien hecho , hija mia , muy bien hecho : yo te doy el parabien de tan noble pensar.

Paulina.

¿ Con qué Vd. nos escuchaba ?

Anselmo.

No : al entrar en la sala , oí las últimas proposiciones de mi hija.

Antonia.

Papá , ¿ qué noticias nos traeis de los Españoles ?

Anselmo.

Hija , que otra vez están à la vista.

Antonia.

¿ Con qué ya tendremos el gusto de verlos esta noche ?

Anselmo.

¡ Oh no tan pronto !

Antonia.

¡ Ay qué dolor ! ¿ lo oyes , Paulina ?
(*aparte.*)

Paulina.

Sí , entiendo á Vd. Señorita. (*aparte.*)

Anselmo.

Hombre hay , que tiene ya muertas
y prevenidas todas las gallinas de su
casa para cuando entren.

Antonia.

¡ Si viérais mi corazón cómo está !

Anselmo.

¡ Ya yo me hago cargo ! una tan fina
Española no puede dexar de alegrarse :
yo tambien siento la tardanza ; pero
como ha de ser , tendremos paciencia
hasta que nuestro nuevo Pelayo lo dis-
ponga.

Paulina.

Ya se ve , no hay otro remedio que
tener paciencia. (*toca en el brazo á su
ama.*)

Antonia.

Ya entiendo.

Anselmo.

A propósito , ¿ quieres oir unos ver-

92
sos en loor de nuestros valientes de-
fensores ?

Paulina.

¿ No ha de querer , señor ?

Antonia.

Con mucho gusto , Padre mio.

Anselmo.

Escucha con atencion.

Décimas.

Lee. Ballesteros con valor
Supo como hijo de Marte
Las tropas de Bonaparte
Arrollarlas con rigor:
Huyen llenas de terror
Al oír solo su nombre ,
Y porque mas les asombre ,
Sabrá hacer con bizarría ,
No quede en Andalucía
De frances ni solo el nombre.

Activo , justo y atento
Antes que Febo ilumine ,
Es fuerza el campo exâmine ,
Con cordura y ardimiento:
No tiene algun descontento ,
Y todos sus oficiales ,

Como amigos y parciales ,
De la Patria defensores ,
Solo emplean sus rigores
En las tropas imperiales.

Antonia.

Bonitas décimas.

Anselmo.

Seguramente no tenia preocupado el
corazon por los franceses el que las
escribió.

Antonia.

¿ Conoceis su autor ?

Anselmo.

Alguna cosa : es algun tanto aficio-
nado á la poesía , y muy emprendedor ;
pero nada afortunado.

Antonia.

No es un jóven que compuso

Anselmo.

Sí , la tragi-comedia infernal , y otras
obritas satíricas contra ellos.

Antonia.

Pues con vuestro permiso , oid otra
décima tambien suya.

Lee. Resuene por mar y tierra
El Británico poder

Y haga al Galo estremecer
 El poder de Inglaterra :
 Con dura y sangrienta guerra
 Las dos unidas Naciones,
 Humillen los campeones
 Del mas tirano guerrero ,
 Y el Ingles , y Español fiero
 Enarbolem sus Pendones.

Anselmo.

No está del todo mala.

Paulina.

A mí mas me han gustado las de
 mi amo.

Anselmo.

¿ Qué entiendes tú de estas cosas ?

Paulina.

Tambien , tambien entiendo alguna
 cosa : no hay cancion patriótica que
 yo no sepa , y allá á mis solas , cuan-
 do estoy en mis quehaceres , canto ;
 España de la guerra ; Vivir en cade-
 nas ; Bebamos , bebamos , y otras mu-
 chas canciones. Sé una nueva , que si
 Vd. la oyera , creo que me habia de
 abrazar cien mil veces de gozo.

Antonia.

¿Y cómo dice, Paulina? yo nunca te la he oído.

Paulina.

Está reservada para mejor ocasión.

Anselmo.

Pues yo exijo de tí me la cantes cuando te avise.

Paulina.

Con mucho gusto.

Anselmo.

Me voy á escribir. (*vase.*)

Antonia.

Espere Vd. se le pondrá luz en su cuarto.

Paulina.

Yo voy allá, señorita. (*vase.*)

Salon. Doña Constanza, Ana, General, Obregon, Bellangé, y Lacayo.

Constanza.

¡Ay mi General! ¡en qué aprieto nos hemos visto! yo creía que....

Ana.

Sí, sí, no nos hemos llevado mal susto.

General.

¡ Oh madama , no me lo he llevado yo floxo ! que si no escapamos cada uno por donde pudo , quedamos todos muertos ó prisioneros.

Obregon.

¿ No os he dicho , mi General , que tienen mucha gente , buenos gefes y valientes soldados ?

Bellangé.

¡ Oh diablo ! ¿ mucha gente , mucha gente llamais un puñado de Patriotas ?

Constanza.

Con media docena de dragones , están todos desbaratados.

Obregon.

Señora , no tanto , y sino atengámonos á la experiencia : mirad como han tenido que huir las tropas imperiales.

General.

¡ Oh ! ¡ huir , huir ! no deis un término tan baxo á mis soldados.

Bellangé.

Eso no es huir , es una retirada precisa , dimanada de la sorpresa. Vd.

Monsieur Obregon , no entiende las operaciones francesas.

Obregon.

Demasiado las entiendo , y conozco que

Ana.

¿ Qué conoceis ? hablad.

Constanza.

No hagas caso , amiga mia , ese hombre tiene el espíritu *haron*.

Obregon.

Por mas que me digais , yo he de decir lo que siento : nuestras fuerzas á la presente son muy inferiores para combatir á los Españoles.

General.

Ja , ja , ja , ¡ oh mon Diu ! (*rie.*)

Bellangé.

¡ Oh diablo de hombre ! en viniendo los refuerzos no tenemos enemigos para un dia.

Constanza.

Mi General ¿ no vienen cuarenta mil hombres alemanes ?

Obregon.

Pues no se decia por muy cierto que....

General.

Nada , mentira , todo está completamente sosegado : todos desean la gracia y amistad del omnipotente y grande Emperador de los franceses.

Bellangé.

Sin contar con otro pequeño refuerzo de treinta mil hombres que trae nuestro mariscal Sault.

Lacayo.

De oírlos cual mienta , no puedo contener la risa. (*aparte.*)

Ana.

¿ Lo veis ? (*á Obregon.*)

Constanza.

¿ Estais enterado , señor cobarde ? (*al mismo.*)

Obregon.

¿ Como eso sea cierto? ...

Bellangé.

Sí señor , certisimo.

Constanza.

Vamos , vamos , tratemos de divertirnos.

Ana.

Si , sí , dices muy bien.

General.

¡ Ola! muchacho.

Lacayo.

Señor , ¿ qué mandais ?

General.

Al director del Teatro , que disponga una buena funcion : bayle público , ópera , tragedia , todo , todo.

Lacayo.

No es mala la tragedia que tenemos.
(*aparte.*) Voy señor.

Villareal y Mingana.

Villareal.

Señor General , apriesa.

Mingana.

Mi General , es preciso redoblar las guardias , ponerse sobre las armas y . . .

General.

Y bien , ¿ á qué se dirigen todas esas prevenciones ?

Villareal.

Señor Gobernador , estamos perdidos , perditos con esa canalla.

Mingana.

¡Qué modo de hablar tiene el señor Capitan tan ordinario! Señor General, se dice, y Excelencia.

Villareal.

Y á mí, ¿qué canario?

Bellangé.

Decid, ¿á qué venís?

Mingana.

Los Españoles reunidos en gran número de infantería y caballería, con sus Oficiales y General en Gefe, están ocupando todas las inmediaciones de la Ciudad, y se asegura es su determinacion entrar en ella.

Obregon.

¡Malo, malo, malo!

Constanza.

¡Malo, malo, malo! (*remedándole.*)

Don Angustias ya se asusta.

Ana.

Callad, no interrumpais.

General.

Es preciso poner remedio.

Bellangé.

¡Oh, sí, seguramente! puede ha-

ber alguna sorpresa , algun desembarco.

General.

Alon , alon , pronto á prevenir las baterías : vos Monsieures Villareal y Mingana , con vuestras partidas recorred la costa y las avenidas de la Villa.

Villareal.

Tambien ha sido muerto por los bergantes con toda crueldad el pobrecito Casaca.

General.

¡ Oh diablo ! ¿ y qué me importa ?

Mingana.

Un ladron menos : vamos á lo que ordena mi General.

Villareal.

Dices bien , vamos. (*vanse.*)

General.

Dad órden , Monsieur Bellangé , que al primer cañonazo de aviso se encierre toda la tropa en sus cuarteles , y los Cívicos franceses , autoridades , empleados y oficialidad se suban al castillo.

Bellangé.

Sí , sí , mueran todos los de la villa abrasados , antes que rendirnos. (*vase.*)

Constanza.

Y nosotras , ¿ qué haremos , mi querido Baron ?

General.

Lo mas seguro es marchar de Málaga á ponerse en salvo.

Obregon.

Bendita sea tu boca , ya estaba temblando de miedo.

Constanza.

Vamos , mi querida Ana , á recoger nuestros caudales.

Ana.

¡ Cuándo querrá Dios que salgamos de sustos !

Obregon.

Yo creo que todavia nos falta el mas notable.

General.

¡ Oh ! en viniendo refuerzo se acaba todo.

Obregon.

Pero ¿ cuándo vienen ? porque ya estamos al último apuro.

Ana.

Constanza , vamos á disponer nuestro viage.

Constanza.

A Dios , mi querido Baron , y no os expongais.

Ana.

El cielo os prospere.

General.

¡ Oh ! no temais , madamas , pronto nos veremos victoriosos.

Constanza.

Eso es lo que nosotras queremos.
(*vase por la izquierda.*)

Bellangé, Babastro y dichos.

Bellangé.

Señor , ya estais obedecido.

General.

¿ Se subió á la castilla todo el dinero ?

Bellangé.

Sí , sí , todo seguramente.

General.

Va bien.

Babastro.

Los enemigos cada vez se aproximan mas , y ya están en Teatinos.

General.

Muchos sustos tenemos, querido amigo.

Bellangé.
A decir verdad, no las tengo todas conmigo. Quién habia de creer . . .

General.

¡ Ah ! sí , sí. (meneando la cabeza.)

Bellangé.

No temais.

Babastro.

¡ Valemos mucho !

General.

¿ Y si nos pasan á todos á cuchillo ?

Bellangé.

¡ Ah ! sí , sí.

Obregon.

¡ Ah Españoles , Españoles ! (se oye un cañonazo.)

Bellangé.

Este es el aviso. (asustado.)

General.

Pronto , pronto á la castilla , y el grande Emperador sea con nosotros.

Babastro.

Ellos están muy cerca , y son valientes.

General.

¡ Oh diablo ! ¿ cuándo saldremos de

susto ? olá , mis caballos. (*hácia dentro.*)

Obregon.

Señor , por Dios marchémonos al instante.

General.

Sí , sí , vamos , amigos y salvémonos si podemos , que si salimos de esta nos podremos llamar dichosos ; pero todo lo debemos llevar gustosos por el grande y omnipotente Emperador. (*vanse todos.*)

Calle : salen algunos Franceses huyendo , y se preparan para hacer fuego á los Españoles , que saldrán despues , en menos número : dentro se oirán cañas.

Voces dentro.

Vivan los Españoles , vivan , vivan. (*Sale un Oficial español con algunos soldados, y así que los exhorta les hacen fuego.*)

Oficial.

Valientes Españoles , este es el dia en que se ha de inmortalizar vuestro valor : fuego.

(*Se empieza el fuego de una parte y otra, y á poco cargan algunos mas Franceses á*

los Españoles ; pero vienen otros cuatro ó cinco mas y los hacen huir ; los Españoles los siguen.)

Oficial.

Soldados, los enemigos huyen: viva nuestro General Ballesteros.

Voces dentro.

Viva, viva.

Vista del castillo de Gibralfaro, los Franceses salen huyendo hácia el monte, y en el medio de él se paran, cargan y se preparan para hacer fuego: salen Españoles por varios lados y se tirotean: tocan ataque dentro, y mientras dicen:

Dentro.

Viva Fernando Séptimo, viva el General Ballesteros y sus soldados; viva, viva. (Los Españoles hacen subir huyendo al castillo á los Franceses, y yendo en su alcance detras haciendo fuego: el castillo tambien hará fuego.)

Voces.

Viva Fernando.

Otros.

Viva.

*Cae el telon de salon , y salen el Oficial ,
D. Anselmo , Silverio , Antonia y Paulina.*

Anselmo.

¿ Es posible que tenga la fortuna de abrazarte ? (*lo abraza.*)

Oficial.

Y yo de recompensar vuestro cariño.

Anselmo.

Hija mia , ¿ qué haces que no abrazas á tu Jacinto ?

Antonia.

Señor , el rubor , la honestidad . . .

Anselmo.

¡ Qué honestidad , ni diablo ! ahora no vienen al caso esas frioleras : á un buen guerrero le abrazan los Angeles.

Oficial.

Una vez que vos lo permitis , yo seré el primero. (*la abraza.*)

Anselmo.

Sí , mas vale tomar la plaza por asalto , porque sino el enemigo está muy pesado.

Antonia.

Ya veis que

Anselmo.

Si estás rabiando por ello , ¿ á qué vienen los melindres ?

Paulina.

Verdad , verdad , señor.

Antonia.

¿ Quieres callar ?

Silverio.

Señor Oficial , ¿ y nosotros no merecemos algun abrazo ?

Oficial.

Sí , amigos míos , con mucho gusto.
(abraza á Paulina y Silverio.)

Anselmo.

¿ Quién habia de decir , que despues de dos años de fatigas , nos habíamos de ver otra vez en Málaga ?

Oficial.

Estas son casualidades.

Silverio.

¿ Y nuestro augusto General ?

Oficial.

Ya esta dentro de la Ciudad , y lo está exâminando todo.

Anselmo.

Paulina , trae unas botellas , y celebraremos el triunfo.

Paulina.

Voy, señor. (*vase.*)

Anselmo.

Pero amigo , Vd. tiene muy mala cabeza , no escribir , ni decir siquiera ...

Antonia.

El señor estaria bien entretenido , y por eso

Anselmo.

To, to, to, ¿ zelitos tenemos ? (*riendo.*)

Oficial.

No , amada Antoñita ; siempre os he tenido á vos y vuestro amado padre en lo íntimo de mi corazon ; pero mi reputacion y delicadeza no me permitian escribir á un pais enemigo.

Anselmo.

Tantos han escrito . . .

Oficial.

Han hecho mal.

Sale Paulina con botellas y vasos.

Paulina.

Aquí están las botellas.

Anselmo.

Pues bebamos, y tú, Paulina, canta la cancion que me dixiste, pues ya llegó la hora.

Paulina.

Señor, tengo vergüenza: ¿qué dirán estos señores, si yo?

Anselmo.

Ahora, esa es una vergüenza fuera de tiempo, y un que dirán muy importuno. Canta.

(*Anselmo reparte á cada uno su vaso, toma una botella, y en el ínterin que canta, Paulina echa el vino.*)

Cancion primera.

Españoles valerosos,
No desmaye el heroísmo,
Y resuene en las Naciones
Vuestro noble patriotismo.

Todos en tono de requiem.

Muera José primero y sus hermanos,
Y muera esa canalla á nuestras manos.

Anselmo.

Que muera , y viva la generosidad
y valor de nuestros aliados.

Todos.

Viva.

Cancion segunda.

Viva España , muera Francia ,
Vivan , sí , sus Generales ,
Y entre vïctores y aplausos
Se publiquen sus lealtades.

Todos.

Muera José primero y sus hermanos,
Y muera esa canalla á nuestras manos.

Oficial.

Brindemos por la libertad de España,
y valor de nuestros dignos patriotas.

Todos.

Sí , brindemos. (*beben.*)

Cancion tercera.

Los valientes Españoles
Demostraron sus esmeros,
Y repiten con el alma
Viva, viva Ballesteros.

Todos.

Muera José primero y sus hermanos,
Y muera esa canalla á nuestras manos.

Anselmo.

Viva Fernando séptimo.

Todos.

Viva, viva. (*beben.*)

(*Tocan dentro á retirarse las tropas.*)

Oficial.

Retirada.

Silverio.

Pues ¿ qué os marchais ?

Anselmo.

¿ Nos abandonais tan pronto ?

Oficial.

Es preciso : el soldado, su obligacion sagrada es obedecer.

Antonia.

¡ Ay ! ¿ para siempre ?

Oficial.

No, querido dueño, pronto nos veremos.

Todos.

¡ Qué desgracia !

Oficial.

No os desconsoléis, confiad en el

Ser Supremo que pronto sacudireis el
tiránico yugo.

Anselmo.

El lo permita.

Oficial.

Sí yo lo preveo, y para mi despedida, digamos: viva la fe, patria y religion: viva la Inglaterra, viva la Nacion.
(*todos repiten lo mismo y concluye.*)

Fin de la Comedia.

